RIDAA
Repositorio Institucional
Digital de Acceso Abierto de la
Universidad Nacional de Quilmes

Universidad
Nacional
de Quilmes

Rossi, Luis Alejandro

José Ingenieros : el idealismo y la crisis del positivismo en la argentina

Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Argentina.
Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 2.5
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/ar/

Documento descargado de RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes de la Universidad Nacional de Quilmes

Cita recomendada:
Rossi, L. A. (1997). José Ingenieros : el idealismo y la crisis del positivismo en la argentina. Revista de ciencias sociales, (6), 67-83. Disponible en RIDAA-UNQ Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto de la Universidad Nacional de Quilmes http://ridaa.unq.edu.ar/handle/20.500.11807/1449

Puede encontrar éste y otros documentos en: https://ridaa.unq.edu.ar

Universidad
Nacional
de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352 // Bernal
Buenos Aires // Argentina
t.: (+41 11) 4365 7100
f.: (+54 11) 4365 7101
info@unq.edu.ar

José Ingenieros: el idealismo y la crisis del positivismo en la argentina

Luis Alejandro Rossi*

Si tomamos en cuenta la fecha de aparición de la *Revista de Filosofía, Cultura, Ciencias y Educación* (enero de 1915), publicación fundada y sostenida por J. Ingenieros, la ausencia de cualquier inflexión política en casi todos sus artículos originales hasta 1918 es muy llamativa. Tanto en la política nacional como en la internacional se vivían situaciones de crisis no conocidas hasta ese momento. En el plano internacional, el estallido de la Primera Guerra Mundial en agosto de 1914 haría añicos la creencia positivista en el progreso indefinido basado en la ciencia, la que se revelaba ahora como artífice de las más poderosas máquinas de matar que se habían conocido. En la Argentina, si la situación no alcanzaba el dramatismo bélico, la aplicación de la ley Sáenz Peña posibilitando las victorias de los partidos de oposición en 1912 y 1914 llenaba de incógnitas el futuro político. Ahora bien, no hay casi referencias a la guerra mundial en los artículos de la *Revista* y sólo un artículo la tendrá como objeto de reflexión;[1] en cuanto a la situación política nacional, no hay en ninguna ocasión un examen detenido de ella y las referencias son veladas y escasas. No se advierte en la *Revista* una vivencia manifiesta de crisis ni tampoco que haya algo que alterase o pusiera en peligro los fundamentos sobre los que se basaba la cotidianeidad del trabajo intelectual. En este sentido, si, como dice Agosti, la *Revista* fue fundada por Ingenieros para oponerse a los crecientes movimientos antipositivistas y anticientificistas, no se nota sin embargo en ella ni un tono combatiente, como había por ejemplo en Ameghino, ni tampoco defensivo, dado que no se encuentran en estos

* Docente/investigador de la Universidad Nacional de Quilmes.

[1] Zuccarini, E., "Las cosecuencias históricas del idealismo y del positivismo", *Revista de Filosofía...*, Año 1, vol. 1, No 2, marzo de 1915, pp. 242-264.

primeros años de la *Revista* artículos destinados a examinar y refutar los supuestos erróneos de las corrientes rivales. Es llamativa la casi total ausencia de menciones a Bergson, cuya filosofía significó entre otras cosas la sentencia de muerte definitiva del positivismo en Francia, con excepción de dos artículos del chileno E. Molina.

Esta "apoliticidad" e "indiferencia" (son los términos que usa Ingenieros) se mantendrán hasta fines de 1918. Con la Reforma Universitaria, la Revolución Rusa y la Semana Trágica, Ingenieros y algunos de los intelectuales que lo rodean encontrarán una causa con la que identificarse e intervenir teóricamente en nombre de ella. Esta ausencia de tratamiento de temas contemporáneos es más evidente y desconcertante si se examinan tanto la trayectoria posterior de Ingenieros como la de la *Revista*, las cuales, por otra parte, son casi inextricables. El entusiasmo con que Ingenieros apoyó la Revolución Mexicana en los años veinte no puede de ninguna manera imaginarse leyendo los números de la *Revista* hasta 1919; no hay referencias ni siquiera veladas a la situación mexicana, aun cuando el tema del panamericanismo es tratado en sendas notas por E. Quesada y J. Ingenieros, pero exclusivamente referido a cuestiones de cooperación académica entre naciones americanas.

Es evidente, por tanto, que ese silencio es una toma de posición de la *Revista*. Sin embargo, Ingenieros, en su actividad pública, no tuvo esa indiferencia, ni con respecto a la política nacional, ni tampoco frente a la guerra mundial. No era disimulado por él que los implacables retratos de *El hombre mediocre* estaban dirigidos contra R. Sáenz Peña, aunque no lo nombraran explícitamente. Al desencadenarse la Primera Guerra Mundial, Ingenieros escribe un corto artículo en *Caras y Caretas* que comienza con la frase siguiente: "La civilización feudal, imperante en las naciones bárbaras de Europa, ha resuelto suicidarse, arrojándose al abismo de la guerra".[2] La adhesión incondicional a la causa de los Aliados provoca algunos reparos a Ingenieros, pero con el artículo de E. Zuccarini la *Revista* sienta definitivamente una posición moderadamente aliadófila. Al comentar la nota de F. R. Canosa "Al margen de la gran tragedia", Ingenieros defiende una posición neutralista desde la izquierda:

[2] Ingenieros, J., "El suicidio de los bárbaros", publicado originalmente en el No. 835 de *Caras y Caretas*, 1914. Citamos según la reedición en *Los Tiempos nuevos*. Buenos Aires, Elmer Editor, 1956, p.11.

> Los hombres de ideales modernos deben desinteresarse de este conflicto en que no pugnan la Cultura y el Trabajo contra las fuerzas reaccionarias, sino un militarismo contra otro, una hegemonía contra otra, un viejo régimen contra otro viejo régimen. Los verdaderos pacifistas, que predicaron siempre la "guerra a la guerra", sólo pueden apasionarse y luchar por altos ideales humanos, por ideales de justicia y de solidaridad.[3]

El neutralismo de Ingenieros se irá morigerando con el tiempo y en el número de mayo de 1917 la *Revista* reproducirá gran parte del artículo de L. Lugones "Neutralidad imposible". De este modo la *Revista* realizaba con respecto a la guerra el mismo trayecto que las fuerzas conservadoras: tímida defensa de la neutralidad en los primeros años, para reclamar luego, una vez que la UCR está en el poder, la necesidad moral de la ruptura de relaciones con Alemania. En el número correspondiente a enero de 1918 publicará el informe "Sobre la cuestión internacional", realizado por O. Magnasco, F. Yofre, J. V. González, A. L. Palacios y L. Lugones, cuya lectura en el teatro Nuevo el 17 de diciembre de 1917 constituyó el acto a favor de la ruptura con Alemania de mayor envergadura pública organizado por intelectuales. Más que los cambios en la posición de Ingenieros, nos interesa la posición de principio de la *Revista* de no ocuparse ni de la guerra ni de los cambios políticos acaecidos en el país con la victoria de la UCR en 1916. El silencio de la *Revista* no se debió, a pesar de lo que podría inferirse del párrafo de Ingenieros citado más arriba, a una posición de principio frente al problema de la guerra, sino a una exigencia de rigor que considera que el programa propio de una revista científica es inactual y apolítico. Hay un contraste marcado entre la actividad pública en relación con la guerra de varios colaboradores de la *Revista* y el silencio que ella mantiene sobre el tema. La causa tampoco está en la existencia de una división interna acerca del problema, ya que casi todos, con la excepción ya nombrada de E. Quesada, son aliadófilos.

Una de las razones se encuentra en la imagen del hombre de ciencia que sustenta la *Revista*, la que es enunciada por E. J. Bott:

> [...] es frecuente que [los] hombres de estudio desdeñen los hechos concretos particulares. Consideran que únicamente quienes no han llegado a su

[3] Ingenieros, J., "Francisco R. Canosa: Al margen de la gran tragedia (*Ideas y Figuras*, Buenos Aires, 27 de enero de 1915)", *Revista de Filosofía...*, Año 1, vol. 1, No. 2, pp. 329-330.

mismo grado de capacidad intelectual, y sólo son capaces de precisar en concreto, "como todo el mundo", siendo, por ende, incapaces de elevarse hasta el pensamiento científico, pueden interesarse por hechos particulares.[4]

Bott cuestiona esta imagen del científico, a la que considera basada en un "prejuicio contra la actualidad", para proponer la posibilidad de una comprensión científica de la realidad social a partir de los hechos particulares. Esta posibilidad finca, a su juicio, en la psicología social. En esta disyuntiva tajante, que Bott intenta superar, uno de los polos está representado por el hombre de ciencia y el otro por el periodista. La *Revista* se desmarca del periodismo al precio de volverse muda con respecto a la realidad que la rodea. Pero el silencio contradice el proyecto mismo en que se apoya la *Revista*. Hay aquí una tensión que subyace a la obra de estos autores, empezando por el mismo Ingenieros. La clara demarcación entre actividad científica y periodismo, la incompatibilidad que encuentran entre el ámbito académico y el intento de dar respuestas a una realidad cada vez más acuciante, muestra que todavía es endeble la separación de ambos espacios. No es claro que deseen ser reconocidos como intelectuales, puesto que esta figura es aún muy cercana a la del publicista, sino que ubican la legitimidad y autoridad de sus discursos en su actividad científica. Podría pensarse entonces que ese hieratismo es un síntoma del logro de una incipiente institucionalización de las actividades científicas y filosóficas, un resultado de la competencia específica que tienen en tanto especialistas y que mantenga vedado el acceso a otros terrenos por razones de prestigio profesional; sin embargo, el papel que ellos mismos –no sólo Ingenieros– se atribuyen como "formadores de ideales" los obliga a realizar una intervención en la cultura que, si bien según sus pareceres es acorde con los resultados de las ciencias experimentales, implica, por otro lado, la necesidad de abandonar el exclusivo campo científico, dada la idea de magisterio moral en que se apoya esta pretensión. Esta tensión puede encontrarse en los escritos de Ingenieros en los años previos a la fundación de la *Revista de Filosofía*, especialmente en *El hombre mediocre*.

[4] "Los mismos pensadores cuya reputación está más sólidamente establecida se hallan expuestos a que se les acuse de haber descendido de las regiones superiores del pensamiento científico a las del razonamiento vulgar, tan pronto quieran ocuparse de la realidad concreta, para basar sus apreciaciones sobre hechos particulares". Bott, E. J. J., "La realidad social estable y la actualidad", *Revista de Filosofía*..., Año 3, vol. 6, No. 4, julio de 1917, p. 69.

El programa "apolítico e inactual" que la orienta no se encuentra lejano de la máxima de comportamiento deducible de esa obra: el rechazo del mundo, especialmente del mundo de la política, es decir, de la acción práctica colectiva, es planteado por Ingenieros como aspiración máxima del hombre que busca separarse del reino de los mediocres. Si a esto se une el repudio a los arrebatos románticos por considerarlos pasajeros y no realistas y su estima por el estoicismo, al que considera la doctrina moral más alta, la consecuencia es un repliegue sobre la interioridad opuesto –a pesar de las invocaciones de Ingenieros a la solidaridad– a la acción colectiva, identificada con el impulso animal de la multitud. La única alternativa abierta por Ingenieros a este aislamiento del sabio es la aristocracia del mérito,[5] en la que será reconocido su saber no solamente como lo propio del especialista en una disciplina sino sobre todo como credencial de magisterio moral. El sentido político de la aristocracia del mérito es, sin embargo, inverso al de la figura del intelectual en sentido moderno, ya que la intervención de éste en el espacio público se sostiene en la impugnación de que la política tenga una racionalidad diferenciada, es decir, sus razones están prescriptas por la razón.[6] Esta negación de la posibilidad de distinguir entre una ética de la convicción y una ética de la responsabilidad no ocurre en la aristocracia del mérito, ya que –además del craso intento de ocupar la posición social de la antigua nobleza, asimilando las capacidades intelectuales a las prerrogativas de estirpe– a la igualdad de principio que presupone la ética de la convicción con la que el intelectual argumenta y reclama un rumbo de acción determinado, se contraponen niveles diferenciados de racionalidad. Los niveles inferiores de ella no pueden establecer un diálogo con los superiores, sino solamente ser objeto de las determinaciones que provengan de éstos, de allí la posibilidad del "magisterio". Los cambios acaecidos en el panorama político nacional a partir de la sanción en febrero de 1912 de la ley que prescribe el voto secreto, permitiendo el pasaje concreto a la siempre postergada realización de la "república verdadera" marchan en dirección opuesta a esta exigencia a la sociedad de reconocimiento político

[5] Ingenieros, J., *El hombre mediocre*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1985 (1ª ed. 1913), pp. 152-157.

[6] Sobre la conformación de la figura del intelectual en sentido moderno, cf. Bourdieu, P., *Les règles de l'art. Genèse et structure du champ littéraire*, Paris, Seuil, 1992; Ferry, L. y A. Renaut, *Heidegger et les modernes*, Paris, Grasset, 1988, y Brunkhorst, H., *Der Intellektuelle im Land der Mandarine*, Frankfurt a/M, Suhrkamp, 1987.

del mérito intelectual, lo que justificaría la apoliticidad, la inactualidad y el aislamiento del sabio respecto de la sociedad en la que el número impera por sobre el mérito.

Signos de la crisis

A pesar de la aparente tranquilidad con que se suceden regularmente las apariciones de la *Revista de Filosofía*, paulatinamente van presentándose signos que transforman esta calma en un preludio de la tormenta. Si bien la *Revista* no es particularmente pluralista en cuanto a la variedad de corrientes filosóficas presentes en ella, tampoco puede decirse que lo haya sido menos que otras revistas de filosofía contemporáneas. Aun dentro de esta uniformidad se manifiestan disensiones que indican la percepción del agotamiento del modelo cientificista-biologista imperante, incluso por parte de algunos colaboradores de la *Revista*. La crítica al biologismo se lleva a cabo dentro de la *Revista* desde posiciones que hoy pueden parecer insólitas porque provienen del conjunto de educadores defensores de la ortodoxia positivista comtiana, es decir, los interesados en mantener la pureza doctrinaria y expurgarla de toda contaminación biologista y cientificista, en otros términos, hacer una distinción neta entre el comtismo y el spencerismo. Quien se adentra más lejos en esta dirección es M. S. Victoria, por ese entonces director de la Escuela Normal de Paraná. La primera impugnación general al biologismo que aparece en la *Revista* –ya en 1915– es llevada a cabo por él al examinar la relación entre positivismo y educación en la Argentina sosteniendo, quizás con una cierta manipulación de los hechos desde una perspectiva actual:

> La penetración religiosa y política del positivismo en la Argentina ha sido hasta hoy nula. No pueden atribuirse a su influencia ni la sanción de leyes liberales ni la formación del partido socialista, ni la organización de focos de propaganda orgánica de evangelización doctrinaria. Alguno que otro esfuerzo personal de positivistas radicados en Buenos Aires fracasaron [...] por la insuficiente preparación de su apostolado en un medio escéptico y muy predispuesto por el materialismo científico.[7]

[7] Victoria, M. S., "El positivismo en la educación argentina", *Revista de Filosofía...*, Año 1, vol. 2, No. 4, julio de 1915, p. 84.

Victoria distingue cuatro ámbitos de difusión del positivismo: religioso, político, filosófico y didáctico. Si los resultados obtenidos en los dos primeros no le parecen satisfactorios, tampoco cree que el ámbito filosófico depare al positivismo el reconocimiento que merece. La influencia del positivismo en la enseñanza superior ha sido lenta y tardía, sostiene. La extensión del método positivo al estudio de la sociedad se realiza solamente con la creación de cátedras de sociología en la universidad, proceso que según Victoria está recién en sus inicios. Considera, sin embargo, que si la enseñanza sociológica está todavía en sus comienzos se debe "menos [a] la escasez de la buena doctrina que por la falta de sabios competentes". Como portavoz de la ortodoxia comtiana, Victoria encuentra muy pocos expositores autorizados del positivismo propiamente dicho. Creemos que es significativo con respecto al problema de la conformación de un campo filosófico específico dentro de la conformación de un campo intelectual en la Argentina que la crítica de Victoria esté anticipando uno de los puntos principales que los críticos antipositivistas esgrimirán dos años más tarde, pero contra los positivistas en su conjunto y sin distinciones de escuelas: la falta de competencia imperante en el ámbito académico en lo que concierne a los temas filosóficos. No hay sabios en el ámbito filosófico porque tampoco hay un conocimiento adecuado de las fuentes originales. Encuentra que una de las pocas excepciones a esta situación es precisamente E. Quesada. Aunque reconoce el amplio conocimiento bibliográfico de Quesada sobre la relación entre positivismo y sociología,

> [...] sus análisis tienen el inconveniente de ser nada más que una exposición compendiada del littreísmo de hace medio siglo, esto es, del proceso que la primera generación positivista hiciera al fundador, con evidente injusticia, oponiendo la filosofía a su política y a su religión.[8]

Victoria reprocha a Quesada su desactualización y su acercamiento al tema a través de fuentes secundarias en lugar de utilizar la fuente original, lo mismo que poco tiempo después censurarán los antipositivistas a las figuras dominantes del positivismo. El materialismo científico es para Victoria una de las principales causas de la escasa difusión del positivismo ortodoxo en la Argentina. El materialismo científico representa un peligro ya que carece de ideas humanas orientadoras y de

8 Victoria, M. S., "El positivismo en la educación argentina", p. 86.

ideales. De las posiciones defendidas por Victoria, a pesar de que éste no lo afirma explícitamente ni busca confrontarlas sino que celebra la aparición de la *Revista* como un ejemplo del nuevo reconocimiento que se vuelve a dar a la filosofía como disciplina, se desprende una impugnación al cientificismo que choca con aquéllas que Ingenieros sostuvo en el manifiesto-programa con que se inició la *Revista*.[9] La posibilidad de que la ciencia por sí misma, como sostiene Victoria, no proporcione las seguridades que desde la segunda mitad del siglo XIX se creía que brindaba es rechazada metodológicamente por ese mismo manifiesto inicial;[10] no obstante, no faltan esporádicos cuestionamientos a esa creencia, como el de E. Zuccarini, quien, aunque no tiene interés en defender una doctrina filosófica particular como Victoria, parece también tener algunas inquietudes acerca de la fe en la ciencia:

> [...] las ciencias destructoras, en el más loco de los carnavales, queman todo lo bello y lo útil acumulado por las humanas generaciones, preparando la más cruda cuaresma para los pueblos que labraron los soberbios surcos de la civilización y la crisis más honda del pensamiento.[11]

Este cuestionamiento es, a pesar de su virulencia verbal, limitado, ya que la resistencia de Francia al invasor alemán es posible, según lo en-

[9] En ese mismo artículo, al rendir homenaje a P. Scalabrini, Victoria celebra la aparición de la *Revista de Filosofía* contraponiendo las alturas de la filosofía frente a la pobreza del empirismo científico: "como en otro tiempo la filosofía le enseñara [a Scalabrini] los grandes caminos de la historia humana y las supremas bellezas del arte y de la conciencia colectiva. Tenemos la plena seguridad de que ha visto con emoción de filósofo la aparición de la 'Revista de Filosofía', y ha saludado el advenimiento de esta nueva actividad del pensamiento argentino, con el mismo espíritu de justicia vidente con que hace algunos años deploraba la desaparición de la filosofía de los programas normalistas y la invasión creciente del empirismo científico, sin ideas humanas orientadoras y sin ideales", en "El positivismo en la educación argentina", p. 89.

[10] "Afirmamos el valor de los métodos científicos para dar una inseguridad cada vez menor a nuestro conocimiento del medio en que vivimos; y donde las ciencias no llegan, partiendo de sus últimos resultados procuramos explicar lo desconocido imaginando hipótesis legítimas, es decir, que no contradigan la experiencia"; ilustrando la concepción biologista que tiene del método científico también afirma Ingenieros: "La formación natural de la experiencia, individual y social, será el problema fundamental de la filosofía nueva. Sabemos ya que el hombre es un ser viviente y que todas sus funciones son resultados de su actividad biológica en función del medio; esa concepción naturalista de la vida mental obligará a tomar los datos de las ciencias biológicas como fundamento de la Psicologia". Ingenieros, J., "Para una filosofía argentina". *Revista de Filosofía*..., Año 1, vol. 1, No. 1, enero de 1915, pp. 4 y 5 respectivamente.

[11] Zuccarini, E., "Las consecuencias históricas del idealismo y del positivismo", p. 243.

tiende Zuccarini, porque la laicidad del estado francés y su separación de la Iglesia rejuvenecieron a esa nación. Este autor restringe aún más su sentencia inicial mediante un artificio gráfico: "las ciencias de la destrucción" sugiere también artes o técnicas, por eso escribe la palabra "ciencias" con minúscula, mientras que al identificar "ciencias" con "libre examen" utiliza mayúsculas:

> [...]la "derrota de la ciencia", proclamada por un francés, cual rugido agónico de todo un pasado que se hundía, quedó apagada por el grito lleno de esperanzas lanzado por el espíritu de libre examen, representado por las Ciencias.[12]

La visita de Ortega y Gasset y el estallido de la crisis

Hay en la mayoría de los artículos de la *Revista* una falta de examen, por no decir una completa indiferencia, frente a la creciente importancia que para el momento en que ella comenzaba a publicarse habían adquirido las corrientes antipositivistas en el medio académico internacional.[13] La visita de J. Ortega y Gasset a la Argentina en julio de 1916 es recordada por los críticos antipositivistas como el punto en que se inicia la crisis,[14] pasándose en poco tiempo de los cuestionamientos aislados al rechazo militante del positivismo en su conjunto. La *Revista* le atribuye importancia suficiente como para publicar los discursos de homenaje que se le hicieron, pero de las numerosas conferencias y cursos que realizó el filósofo español sólo se presenta un resumen ex-

[12] Zuccarini, E., "Las consecuencias históricas del idealismo y del positivismo", p. 264.
[13] De todos modos no se debe creer que en ese momento la *Revista* era un islote positivista en un océano antipositivista. La lectura de los ejemplares de la revista del Centro de Estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, *Verbum*, aparecidos en esos mismos años produce la misma impresión de indiferencia por los cambios de la problemática filosófica en Europa. Una explicación sería que a partir de mediados de 1916 esta revista es dirigida por G. Bermann, miembro del círculo de Ingenieros. Sin embargo, de los números del año anterior se obtiene la misma impresión.
[14] Así recuerda A. Korn la primera visita de Ortega y Gasset: "La presencia de Ortega y Gasset en el año 1916 fue para nuestra cultura filosófica un acontecimiento. Autodidactos y *diletantes* tuvimos la ocasión de escuchar la palabra de un maestro; algunos despertaron de su letargo dogmático y muchos advirtieron por primera vez la existencia de una filosofía menos pedestre. De entonces acá creció el amor al estudio y aflojó el imperio de las doctrinas positivistas". Cf. Korn, A., *Influencias filosóficas en la evolución nacional*, Buenos Aires, Solar, 1983 (1ª ed. 1936) p. 280.

positivo que toma de la revista *P.B.T.* y una reseña de "La nueva sensibilidad" sin ningún tipo de comentario.[15] Allí Ortega afirma: "En los últimos quince años, del positivismo del siglo XIX no ha quedado nada. Este es un hecho del que parece no haberse dado cuenta todavía la juventud argentina".[16] El ataque de Ortega a todo lo que pudiera ser subsumido como producto de la sensibilidad preponderante en la segunda mitad del siglo XIX no es objeto de respuesta por parte de la *Revista*. La fundación del Colegio Novecentista, ya desde su propio nombre relacionado con Ortega y Gasset y E. D'Ors y que constituye la primera expresión de antipositivismo militante teñido de algunos rasgos vanguardistas, es de julio de 1917, apenas dos años y medio posterior a la aparición de la *Revista*; sin embargo los *Cuadernos* que publica no son ni siquiera reseñados en una revista que acostumbraba tomar muy libremente artículos aparecidos en otras publicaciones y llevaba en cada número una lista de publicaciones nacionales recibidas relativamente completa. Más notable aún es que desde las páginas de la *Revista* no se responda a los continuos ataques y burlas que desde los *Cuadernos* se dirigen a algunos conspicuos colaboradores, siendo obviamente Ingenieros el blanco preferido de ellos, pero sí que alguno –E. Zuccarini– lo haga desde un diario, lo que no hizo más que recrudecer los sarcasmos de los novecentistas,[17] considerándolo una prueba de la incapacidad innata para la filosofía de los positivistas, que sólo pueden responder políticamente críticas filosóficas.

[15] Recordemos que la estancia de Ortega y Gasset en su primera visita a la Argentina fue bastante prolongada: llegó a principios de julio de 1916 y retornó a España hacia mediados de febrero de 1917, ocupando durante todo ese período la cátedra creada por la Institución Cultural Española en la Universidad de Buenos Aires. Asimismo realizó una intensa actividad como conferencista en Buenos Aires y en ciudades del interior. Cf. Biagini, H., "Ortega en la Argentina", *Todo es Historia*, No. 220, agosto de 1985, pp. 38-49. La nota tomada de *P.B.T.* pertenece al que será en ese mismo año uno de los fundadores del Colegio Novecentista: J. Gabriel López Buizán, quien firmaba José Gabriel. Cf. "Las lecciones de filosofía, de Ortega y Gasset", *Revista de Filosofía*, Año 3, vol. 5, No. 2, marzo de 1917, pp. 304-308.

[16] Ortega y Gasset, J., "La nueva sensibilidad", *Revista de Filosofía*..., Año 3, vol. 5, No. 1, enero de 1917, p. 149. La *Revista* reproduce el extracto publicado por el diario *La Prensa*, que juzga más fiel y extenso.

[17] E. Zuccarini escribió una fuerte crítica al "Discurso sobre el Colegio Novecentista" de J. Gabriel en el periódico *La Patria degli Italianni* (los acusa, entre otras cosas, de estar financiados por la Iglesia) antes de que éste apareciera en el primer número de los *Cuadernos* y, según los novecentistas, sin siquiera haber estado presente en el acto en que fue leído. Cfr. *Cuadernos del Colegio Novecentista*, vol. I, No. I, julio de 1917.

El silencio de la *Revista* no se debió a que los *Cuadernos* fueran un acontecimiento propiciado por minorías casi clandestinas,[18] sino a que era el blanco principal de los numerosos ataques novecentistas, los que la toman casi por sorpresa. Pero más notable aún es la reacción retrospectiva de Ingenieros con respecto al problema. En un artículo sobre Ortega y Gasset escrito en mayo de 1923, Ingenieros –firmando con su seudónimo "J. Barreda Lynch"– recuerda la fundación del Colegio y la publicación de los *Cuadernos*. "Barreda Lynch" celebra dicha fundación por parte de un grupo de alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras ya que la atribuye al "propósito ostensible de cultivar el idealismo", pero aclara que no formó parte de ellos porque "aunque idealistas [...] más nos interesaban los neohegelianos, aunque prefiriendo la posición teórica de Gentile y de Ruggero a la de Croce".[19] "J. Barreda Lynch" era ya un viejo conocido para los lectores de la *Revista*, puesto que Ingenieros firma artículos y reseñas bibliográficas con ese seudónimo desde el primer número. En el que aparece en noviembre de 1915, "J. Barreda Lynch" escribe un artículo sobre las doctrinas morales de Augusto Bunge, quien intentaba conciliar el biologismo con una reformulación del imperativo categórico kantiano, lo que es criticado por el *alter ego* de Ingenieros por considerarlo un retroceso a "la ética dogmática de los teólogos y la ética pseudocritica de Kant",[20] una expresión que trasluce la identidad del verdadero autor. En su evocación retrospectiva de 1923, Ingenieros hace sufrir a Barreda Lynch agudos cambios de orientación filosófica y de su estado académico. En efecto, en noviembre de 1915 Barreda Lynch había defendido "un idealismo fundado en la verdad y en la ciencia", otro *locus* ingenieriano, y firmaba "Dr. Julio

[18] El diario *La Nación* informó sobre la fundación del Colegio el 27 de agosto de 1917.

[19] J. Barreda Lynch (seudónimo de J. Ingenieros), "Un ocaso de Ortega y Gasset", *Revista de Filosofía*..., Año 9, vol. 17, No. 3, mayo de 1923, p. 327.

[20] "[A. Bunge] intenta fundamentar la ética sobre las nociones científicas modernas que campean en las ciencias biológicas y sociales; pretende, sin embargo, conservar algunos términos de la antigua moral especulativa, viéndose obligado a subvertir su valor corriente. Fuerza es confesar que esta acomodación de ideas nuevas al lenguaje viejo no reporta ninguna ventaja al lector, obligándolo a un trabajo mental superfluo; la ética moderna, esencialmente sociológica y evolucionista, posee una terminología clara, que elimina gran parte de los equívocos a que se prestaba la ética dogmática de los teólogos y la ética pseudocritica de Kant." J. Barreda Lynch, "Las doctrinas morales de Augusto Bunge", *Revista de Filosofía*..., Año 1, vol. 2, No. 6, noviembre de 1915, p. 458. La *Revista* había publicado un capítulo del libro de A. Bunge en julio de 1915. Cf. Bunge, A., "Los fundamentos biológicos de la moral", *Revista de Filosofía*..., Año 1, vol. 2, No. 4, julio de 1915, pp. 69-83.

Barreda Lynch".[21] Cuando en mayo de 1923 "Barreda Lynch" recuerda sus impresiones sobre la visita de Ortega y Gasset a Buenos Aires, se ha transformado súbitamente en alguien que en 1916 era estudiante de filosofía y que, aunque acepta plenamente las críticas de Ortega al positivismo, afirma que el español no logró convencerlo de adherir al neokantismo, puesto que "nos inclinamos al idealismo neohegeliano".[22]

Estas transformaciones retrospectivas no pasarían de ser un simple episodio de la picaresca filosófica si no estuvieran protagonizadas por Ingenieros, reconocido para ese entonces (a pesar de sus enfáticas negaciones posteriores) como el "capitán" de la nave positivista. Ahora bien, nos interesa indagar en la causa de este "travestismo doctrinario" de alguien que en 1918 estimaba como una contribución a la filosofía el haber descubierto lo que denominaba "la hipocresía de los filósofos", hecho que creía clave para comprender la filosofía moderna,[23] y que en ese mismo 1923 juzgaba actos semejantes como "una inmoralidad práctica que es frecuente en los hombres políticos, pero que importaría una descalificación moral si fuese cometida por un filósofo".[24] En el relato de Ingenieros sobre la visita de Ortega se advierte que los rasgos sobre los que Barreda Lynch es remodelado son exactamente los de sus propios críticos. Es decir, cuando en 1923 Ingenieros recuerda el acontecimiento que puso en escena la crisis del positivismo vernáculo, se ve a sí mismo en la vereda opuesta a la que él estaba: habla de "nuestros profesores de entonces", como si fuera un estudiante, es decir, un "joven" que recuerda a los "viejos". Asimismo, Barreda Lynch adopta el mismo ademán iracundo (o aún todavía más) que ostentaban los críticos antipositivistas. Sin embargo, explica el impacto producido por la visita de Ortega –más allá de los méritos propios que le reconoce–, como una rebeldía estudiantil típica, a diferencia de Korn, quien creía estar viendo por vez primera a un filósofo:

> [...] fácil le fue [a Ortega] seducirnos en la parte negativa [la crítica al positivismo]. ¿No eran positivistas, o parecían serlo, nuestros profesores de entonces, Horacio Piñero, Rivarola y Matienzo? ¿Cómo no simpatizar con toda

[21] Barreda Lynch, J., "Las doctrinas morales de Augusto Bunge", pp. 463 y 458 respectivamente.
[22] Barreda Lynch, J., "Un ocaso de Ortega y Gasset", p. 326.
[23] Cf. Ingenieros, J., *Proposiciones relativas al porvenir de la Filosofía*, cap. 1.
[24] Barreda Lynch, J., "Croce y Gentile, fariseos del idealismo", *Revista de Filosofía...*, Año 9, vol. 17, No. 2, marzo de 1923, pp. 197-198.

> novedad que nos permitiera creernos mejores que nuestros propios catedráticos? El resultado fue que algunos se decidieron por el bergsonismo y otros nos inclinamos al idealismo neohegeliano, aunque ninguno, que sepamos hasta hoy, tomó partido por el neokantismo. [25]

Al explicar así la aparición de una contestación de su lugar central en el campo intelectual del momento, Ingenieros no reconoce ningún motivo propiamente filosófico para esa crítica. Con el mismo movimiento con que se apropia de las críticas al positivismo, las vacía de todo significado concreto, al tiempo que se pone en un limbo atemporal en el que los positivistas eran los otros. Dicha contestación es presentada simplemente como una rebeldía generacional basada, no en las rapsodias juvenilistas de *El hombre mediocre*, sino en querer estar al tanto de la última moda, lo que explica también la variedad de "ismos" en que se fragmenta el incipiente campo filosófico luego de la crisis del positivismo. El hecho de que Ingenieros se ponga en el lugar de sus críticos y que se mimetice con ellos hasta el punto de hacer invectivas contra otros colaboradores de la *Revista* aún más virulentas que las que unos años antes se dirigían contra él,[26] no sólo muestra el desprestigio en que había caído el positivismo después de 1918, sino que por el hecho de que sus críticos se recluten entre los estudiantes, se ve impedido –por los mismos presupuestos con que intentaba dar cabida a la importancia de la formación de ideales como creación exclusiva de la élite del mérito, la que siempre es joven–[27] de dar otra respuesta que ésa, vol-

[25] Barreda Lynch, J., "Un ocaso de Ortega y Gasset", p. 326.

[26] Cuando "Barreda Lynch" responde a las críticas hechas al artículo sobre Croce y Gentile afirma lo siguiente: "el señor Croce nos ha refutado por la interpósita persona del profesor Víctor Mercante, que le ha hecho un reportaje, siendo de notar que el novísimo admirador de Croce es un jubilado del más pedestre positivismo Comtiano, que al llegar a la edad provecta parece olvidar las doctrinas con que ha contaminado a sus alumnos durante más de treinta años" y también "[el] profesor Emilio Zuccarini, cuyo artículo tendencioso se inspira en un positivismo pasado de moda entre los cultores de la filosofía, y mucho más por cuanto parece haberse detenido en el simplista Ardigó, atrasado frente a los nuevos positivistas que sucesivamente se han regocijado con un Ostwald, un Le Dantec, un Mach o un Einstein". Cf. Barreda Lynch, J., "La política inmoral de Croce y Gentile", *Revista de Filosofía...*, Año 9, vol. 18, No. 5, septiembre de 1923, pp. 162 y 170, respectivamente. Ardigó y Ostwald figuraban profusamente en las páginas de Ingenieros escritas en la década del diez. Sobre F. Le Dantec escribió un largo artículo con motivo de su muerte en el que expone elogiosamente sus ideas. Cf. Ingenieros, J., "Le Dantec, biólogo y filósofo", *Revista de Filosofía...*, Año 3, vol. 6, No. 5, septiembre de 1917, pp. 267-328.

[27] "El anciano se inferioriza [...] ello explica las profundas transformaciones psíquicas de

viéndose más radical que sus críticos, dado que Barreda Lynch *también* es juvenilista y achaca a sus ocasionales adversarios, sean éstos Zuccarini, Mercante o Croce, ser jubilados, solemnes, viejos y anticuados.

La *Revista* participaba plenamente de la orientación materialista y cientificista predominante en la cultura argentina desde la generación del 80 y no se advierten en ella fisuras importantes de esa creencia, a diferencia de intelectuales ajenos al grupo de Ingenieros, como era el caso de M.Gálvez, que dio la nota discordante durante los festejos del Centenario con su obra *El Diario de Gabriel Quiroga*.[28] Esta confianza tan plena de la *Revista* en el rumbo que había tomado el país permite afirmar que su aparición fue tardía, en tanto es en sus primeros años una expresión relativamente fiel de aquellas orientaciones. Es tardía también porque, a diferencia de la hipótesis de H. Agosti, que la ve como una reacción "doctrinaria" frente al espiritualismo creciente, el campo de especialización filosófica comienza a constituirse como resultado de la reacción antipositivista, que es posterior a la aparición de la *Revista*. Vimos que el fenómeno de la guerra prácticamente no aparece en sus páginas, pero no sólo a causa de la nietzscheana consigna de mantener un programa "apolítico e inactual" sino porque el cuestionamiento que representa el hecho de la guerra mundial al positivismo finisecular es evacuado en las escasas intervenciones sobre el tema. Un año después de la aparición de la *Revista*, la visita de Ortega y Gasset significa un ataque directo a todo lo que ella simbolizaba, pero vimos también la falta de respuesta a esas críticas por parte de la *Revista*, por lo menos hasta 1918 (respuestas –de todos modos bastante modestas aunque menos esquemáticas que los escritos de Ingenieros de ese momento– que no provendrán de la pluma de su director sino de L. Maupas y R. Orgaz).

Hay, sin embargo, un aspecto de las elaboraciones de la *Revista* que puede tomarse tanto como un signo de la crisis que se avecina como de una anticipación de la problemática sobre la que se dará la

---

los viejos [...] y la duda o la apostasía de las ideas más personales [...] La mejor prueba de ello [...] la encontramos en los hombres de más elevada mentalidad y de cultura mejor disciplinada; es frecuente en ellos, al entrar en la ancianidad, un cambio radical de opiniones acerca de los más altos problemas filosóficos, a medida que decaen las aptitudes originariamente definidas durante la edad viril". J. Ingenieros, *El hombre mediocre*, p. 124. Cf. también, en la misma obra, el capítulo "La vejez niveladora".

[28] Gálvez, M., *El diario de Gabriel Quiroga*, Buenos Aires, A. Moen & Hno., 1910. Elogiando esta obra decían los novecentistas que 1910 no sería recordado como el año del Centenario sino como "el año en que se publicó *El Diario de Gabriel Quiroga*".

disputa acerca de cuál es la doctrina que permite el establecimiento de una disciplina filosófica en la Argentina. En el manifiesto que inauguraba la *Revista*, retomando algunas ideas de su obra *El hombre mediocre*, Ingenieros proclamaba la necesidad de elaborar ideales que convengan a la específica experiencia argentina. Puede entenderse esta necesidad de tematizar "los ideales", es decir, la elaboración consciente de lo que anteriormente Ingenieros consideraba una "formación natural", como un síntoma claro del agotamiento del materialismo cientificista predominante desde la generación del 80. Esta problematización de los valores predominantes es propuesta por la *Revista* de manera orgánica desde su manifiesto inicial. Como vimos, el cuestionamiento al carácter rudimentario del materialismo cientificista se realiza incluso en nombre del positivismo ortodoxo. La dificultad de la *Revista* para percibir la crisis del cientificismo que la sustenta no impide que ambigua y paulatinamente se intente desde sus páginas la apropiación de un término que ha vuelto a ser prestigioso: el "idealismo". El idealismo, por más pedestre que sea la significación que se le atribuya –como es muchas veces el caso de Ingenieros–, se ha vuelto una condición indispensable del nuevo sentido común predominante entre los intelectuales y que se conforma en los años de la guerra y de la transición del orden conservador a la democracia constitucional. Un comentario de R. Rivarola sobre la situación de las fuerzas conservadoras luego de los dos primeros ensayos de la nueva ley electoral puede servir para establecer un paralelo entre éstas y el proyecto de la *Revista de Filosofía:*

> Si dejamos de pensar en los individuos y reflexionamos sobre las agrupaciones o partidos políticos, advertiremos fácilmente, en el día de hoy y en nuestra casa, que tan pronto como ha sido ensayada la democracia, han pasado a primera fila en el influjo político, los partidos que inspiraron su acción, sea en un concepto filosófico (partido socialista), sea en un ideal ético político, la verdad del sufragio (partido radical). Los partidos sin filosofía y sin ideal ético, parecen tener conciencia de su disolución y de las dificultades que tendría que vencer su intento de concentrar en una acción común, filosofías y normas de conducta opuestas entre sí. [29]

Rivarola plantea la necesidad de conformar conscientemente una filosofía, porque, de todos modos, siempre se posee alguna. El cientificis-

[29] Rivarola, R., "Filosofía, política y educación", *Revista de Filosofía...*, Año I,vol. I, No. I, enero de 1915, p. 39.

mo vendría a ser a la filosofía lo que el conservadurismo en el poder a la política: una práctica ciega. Rivarola percibe que en la política el tiempo de la legitimidad asentada en la pura eficacia ha terminado. Este reconocimiento de la necesidad de la filosofía como guía y norma para la acción desplaza, por su misma exigencia, el centro de gravedad del cientificismo y el biologismo, dejando al proyecto de la *Revista de Filosofía* como aquejado desde su nacimiento por un anacronismo raigal. Este anacronismo puede verse también en las ambigüedades del proyecto científico-filosófico de Ingenieros en esos años. A pesar de que la inclusión de nuevas esferas de reflexión no se ajustaba con facilidad al esquematismo biologista, Ingenieros intenta desde *El hombre mediocre* una apertura a la problemática específicamente filosófica. Esta apertura viene dada por la posibilidad de llevar a cabo una filosofía práctica y ello de un modo casi exasperado en los abundantes rasgos de decisionismo ético presentes en esa obra. La acción "anticipadora" del ideal tiene en primer lugar un significado rígidamente orientador en el ámbito práctico. La fluctuación que se opera permanentemente en el Ingenieros de *El hombre mediocre* entre el mecanicismo determinista del discurso del "sociólogo" y el intento del "moralista" de establecer una ética para una minoría no se resuelve y, por momentos, la filosofía no es más que la coronación de un saber biológico, dificultando el establecimiento definitivo de la problemática ética.

Una vez que la guerra mundial y la crisis política nacional hayan puesto en tela de juicio de forma inapelable los motivos ideológicos característicos de la República conservadora, la *Revista*, bajo la guía de Ingenieros, intentará un cambio de dirección tanto en lo político como en lo filosófico. La Reforma Universitaria y la Revolución Rusa brindarán la posibilidad de un compromiso político nuevo. En el plano filosófico, especialmente para Ingenieros, el "idealismo" proporcionará la tabla de salvación. Vimos con qué facilidad –y hasta qué impudicia– Ingenieros se desembaraza de su adscripción positivista –aun cuando muchos de sus contemporáneos, como Korn, perciban que el conjunto de su pensamiento se mantiene fiel al materialismo cientificista defendido tanto tiempo por él– para presentarse como un filósofo "idealista". En rigor, Ingenieros se considera a sí mismo "idealista" desde *El hombre mediocre*, pero es a partir de la crisis en todos los planos que significa el año 1918 que el ropaje "idealista" se torna imprescindible. En Ingenieros no parece haber una conciencia tan clara como la que había en Rivarola ya en 1915 acerca de este problema, como se ve en "El suicidio de los bárbaros" y en el manifiesto con el que se inauguró la *Re-*

vista de Filosofía. Ambos escritos comienzan señalando la decadencia inexorable de la cultura europea, pero ese rechazo se torna rápidamente en una aceptación de los valores de aquella cultura repudiada. Esta ambigüedad recorre la producción de Ingenieros en estos años, lastrando con ella también a la misma *Revista de Filosofía* e impidiéndole la aprehensión de las cuestiones del "espíritu" que se habían vuelto urgentes. Por otra parte, también se puede ver en la "conversión" de "Barreda Lynch" al idealismo que efectivamente se está operando en el pequeño campo filosófico una cierta autonomización, preanunciada por el rechazo novecentista de las críticas políticas de Zuccarini como improcedentes, dado que "Barreda Lynch" tiene un fuerte compromiso político con la izquierda, al que presenta como consecuencia lógica de sus posiciones filosóficas idealistas, mostrando además que la "resistencia doctrinaria" de la que habla Agosti comienza a ser cada vez más difícil de definir. Pero esta posibilidad de separar los valores predominantes en el campo filosófico y el político, sin que tenga que haber una correspondencia inmediata entre la posición política y la filosofía profesada, no ocurrirá sino recién en la década del veinte. ◆